

Prólogo

¿Qué se sabe de Jacques de Molay, el último maestre de la orden del Temple, el vigésimo tercero a partir el fundador de la orden en 1120, Hugues de Payns? En realidad, muy pocas cosas, y casi nada sobre los dos últimos tercios de su vida.

La orden del Temple fue la primera orden religioso-militar de la cristiandad occidental. Era una orden en la que se entraba pronunciando votos, se vivía según una regla, se celebraba la misa y se recitaban las horas, pero en lugar de dedicarse a la meditación y a la obra de Dios (*opus Dei*), como en las órdenes benedictina y cisterciense, se ejercía una profesión militar al servicio de Dios y de su Iglesia. La expresión «caballero de Cristo» (*miles Christi*), que tenía una larga historia, terminó por adaptarse totalmente a esta nueva forma de vida religiosa.

Las cruzadas fueron la ocasión de su nacimiento: la defensa de los peregrinos que visitaban Jerusalén entregada al «infiel», como se llamaba entonces a los que profesaban la religión musulmana, y más tarde la defensa de los estados latinos de Oriente fundados en el transcurso de la primera cruzada en 1098-1099, justificaron la creación de esta nueva institución.

Instalados al principio en las dependencias de la mezquita al-Aqsa, sobre el monte Moriah (o monte del Templo), la nueva orden tomó el nombre de: «Los pobres caballeros del Cristo del Templo de Salomón».*

* Templo, en francés, «temple». En adelante, se empleará esta última denominación, que es como se conoce a la orden. [N. de la T.]

Recibió donaciones tanto en Oriente como en Occidente y constituyó a través de la cristiandad una red de encomiendas, reagrupadas en bailías, luego en provincias, todas bajo la autoridad de un maestre y de dignatarios establecidos primero en Jerusalén, y después, cuando ésta se perdió en el siglo XIII, en Acre. Otras órdenes imitaron a la del Temple, en Oriente (la del Hospital, los teutónicos), en España (Calatrava, Santiago, etc.) y en el Báltico, donde se instalaron los teutónicos, aparecen en seguida pequeñas órdenes de caballería de Cristo, como las de Dobrin o la de «los portaespadas».

Jacques de Molay, nacido entre 1245 y 1250, entró en el Temple en 1265 y se convirtió en gran maestre en 1292. En aquel momento, los francos o latinos acababan de ser definitivamente expulsados de Tierra Santa: el año anterior, 1291, Acre y las últimas fortalezas cruzadas habían caído en manos de los sultanes mamelucos de Egipto y de Siria. En Chipre, el gran maestre ejerció su cargo hasta el día fatal en que, llegado a Francia para entrevistarse con el papa, fue víctima –junto a sus hermanos de la orden– del rey de Francia Felipe el Hermoso. Los templarios fueron arrestados en 1307, la orden fue suprimida en 1312 y Jacques de Molay murió en la hoguera en marzo de 1314.

Se saben pocas cosas, como dije, de Jacques de Molay. Sin embargo, existen documentos e informes, frecuentemente lapidarios, imprecisos, indirectos, que permitirán presentar, mediante pequeñas «pinceladas», una biografía del personaje que no resulte demasiado sumaria. Se puede deducir, a grandes rasgos, su actuación en el periodo que tuvo a su cargo los destinos del Temple; y se llegan a distinguir, sin rebuscar mucho en las fuentes y sin forzar los datos, los pasos de Jacques de Molay en la conducción y en el gobierno de la orden del Temple en los últimos veinte años de su existencia.

Las crónicas de la época ofrecen el relato de los acontecimientos en los que el Temple y sus jefes estuvieron implicados. La *Crónica del Templario de Tiro*, que fue secretario del gran maestre Guillaume de Beaujeu, aunque no templario él mismo, es una obra clave para el conocimiento del periodo. Más tarde fue retomada por Amadi, y después por Florio Bustron, quien le agregó algunos detalles. Las crónicas occidentales, Guillermo de Nangis y su continuación en Francia, las crónicas de las ciudades en Italia o la de Villani, las crónicas monásticas en Inglaterra o en tierras del Imperio, también aportan información preciosa.

A todo esto se agregan las piezas de correspondencia. Los Archivos de la Corona de Aragón en Barcelona son ricos en cartas diversas que proporcionan datos inéditos, que hay que examinar con cuidado ya que, muchas veces, son de segunda mano. Entre estos documentos se encuentran escritos de Jacques de Molay. Dos memorias redactadas por el

gran maestro por petición del papa Clemente V, una sobre la cruzada, la otra sobre los proyectos de unión de las órdenes, acompañadas por un paquete de cartas, escritas en latín y en francés, con las cuales he establecido un corpus provisorio en el anexo. También aparecen, si no las respuestas a estas cartas de Jacques de Molay, al menos sí epístolas que le están dirigidas y que completan nuestra información. Este intercambio epistolar toma a veces un tono personal que lo vuelve muy valioso para intentar esbozar la personalidad del gran maestro. Los archivos pontificios, accesibles por los registros de las cartas pontificias realizados bajo la égida de la Escuela Francesa de Roma, contienen igualmente mucha información que sería necesario completar con un cotejo con el original.

Por último, faltan los interrogatorios de los templarios cuando fueron procesados: en principio, los de Jacques de Molay (hay cinco), y especialmente, todos aquellos donde se lo menciona y a veces se cuestiona su actuación. Es una fuente fundamental pero muy difícil de manejar. Imaginemos que se reconstruyera la historia únicamente con informes de la policía, instrucciones de asuntos judiciales o fuentes documentales fundadas sólo en la memoria.

Ahora bien, el proceso de la orden del Temple es todo eso a la vez. Es una auténtica maquinación político-policia: si se confía en Guillaume de Nogaret, se confía en el procurador Vychinski y en el senador McCarthy. Son interrogatorios conducidos por torturadores, por inquisidores, para quienes sólo hay culpables. Es decir, los testimonios de todos los que fueron interrogados son una parte importante en la memoria: pero ¿cuántos hechos emergen deformados, mal ubicados, mal fechados? Evidentemente existe un fondo de verdad, pero ¿qué fondo? ¿Qué verdad?

¿Cómo hacer extraer de esta mina sobreabundante las numerosas parcelas de verdad que contiene? Todos los historiadores que se interesan en la historia del Temple y su trágico fin son sensibles a este problema, pero lo han abordado (yo mismo lo he hecho) de manera esquemática: ¿los templarios son culpables o no lo son? Si lo son, se puede confiar en el proceso; si no, no lo es. Está apareciendo una nueva tendencia entre los historiadores: concentrarse en los textos y relevar sus contradicciones, sus insuficiencias, sus errores, muy numerosos, pero también su parte de verdad; desmenuzar los procedimientos seguidos contra los templarios y de allí entresacar los intereses y objetivos divergentes: el papa y sus jueces (las comisiones pontificias) no abordan la cuestión de los errores del Temple de la misma manera que los jueces reales y sus aliados de la Inquisición, no tienen el mismo objetivo; los primeros quieren derogar los abusos del orden; los segundos quieren suprimir una orden herética, idólatra, inmoral, y no sé qué más.

En cuanto a los templarios interrogados, ¿quieren salvar su pellejo!

En estas condiciones, confiar ciegamente en sus testimonios sería muy ingenuo. Y sin embargo, ¡estos testimonios no dejan de estar ahí!

La lectura del libro de Barbara Frale, *L'ultima battaglia dei Templari*, aparecido en 2001 y del que tuve conocimiento cuando estaba trabajando en esta obra, me decidió a tomar en consideración todos esos documentos «sospechosos», ya que se basan en la memoria –y la memoria torturada–, en dichos y rumores, en el testimonio del que vio a alguien que conocía a uno que sabía... ¿Por qué rechazar el testimonio de los numerosos «observadores» (llamamos así a estos embajadores, informadores ocasionales, corresponsales medio o totalmente anónimos presentes en París y en Poitiers), que responden al rey de Aragón, a los templarios o a otros religiosos de sus Estados, que dan reseñas evidentemente no verificables por otras fuentes, y aceptar como moneda corriente el testimonio, tampoco verificable, puesto que es único, de un templario en el curso del proceso?

Hablo de tener en cuenta, lo que no quiere decir aceptar; pero al menos, entre tomar en cuenta y la aceptación o el rechazo, habrá un examen del testigo, sea el que fuere. El lector comprenderá, espero, por qué a veces he debido hacer algunas digresiones un poco largas. Lo peor es que, quizás, a veces, haya emprendido un camino erróneo.

Jacques de Molay, es verdad, no me ha facilitado la tarea. Disfruté de algunas de sus cartas, conservadas en Barcelona en su mayoría, que revelan a un hombre bien diferente del personaje débil que generalmente se nos presenta, pero, pasadas sus primeras y muy breves declaraciones del comienzo, cuando el proceso continuó prefirió callarse. Cuando se leen los interrogatorios de los templarios ante los comisarios pontificios en 1310-1311, uno se dice –incluso aunque no se los tome al pie de la letra– que Jacques de Molay habría podido enseñarnos mucho sobre su orden y sobre él mismo. Posiblemente faltó organización, ¡qué lástima que se haya equivocado en la defensa!

Uno de los mayores obstáculos con los que me encontré al escribir esta biografía es el de la cronología. A riesgo de cansar a mi lector, tuve que hacer digresiones, quizá fastidiosas, para establecer hechos y fecharlos correctamente. Sin que lo lograra siempre. El conjunto de las cartas escritas por Jacques de Molay no están fechadas; también es así en el caso de las cartas intercambiadas entre templarios, o templarios y otros corresponsales de la Corona de Aragón. Por el contexto a menudo se llega a proponer una fecha aceptable; pero ¿cuántas veces hermosos razonamientos debieron arrojarse a la basura después de que se impuso una nueva fecha para los documentos que la fundamentaban? Que los demagogos de la Historia sin fechas (¡y pronto sin memoria!) lo sepan:

sin cronología fiable, la Historia se construye como castillos en el aire. Sin alumnos o maestros, sin colegas y sin coloquios, sin encuentros y sin intercambio, este libro imperfecto habría estado listo mucho antes. Quiero agradecer aquí a todos los que, con una intuición, una información o una búsqueda en los fondos de los archivos, me comunicaron amablemente lo que sabían: Pierre-Vincent Claverie y Damien Carraz, Claude Mutafian, en Francia; Frédérique Lachaud, Helen Nicholson, en Inglaterra; Simonetta Cerrini, Barbara Frale, Dominique Valerian, Yves Le Pogam, en Roma; y en España, Philippe Jossierand, en Madrid, y Alan Forey, cuya obra sobre los templarios de la Corona de Aragón me ha sido tan útil y me ha proporcionado numerosos documentos extraídos de los fondos –que él conocía tan bien– de los Archivos de Barcelona; mis amigos Joan y Carme Fuguet, que me permitieron realizar dos «estadías» en Barcelona y me facilitaron el acceso a los Archivos de la Corona de Aragón, donde siempre encontré la mejor acogida, tanto del secretario como del personal y los lectores (¿no fue Françoise Bériac quien me descifró una de esas cartas –de Jacques de Molay o de algún otro– borrada, agujereada, tachada, realmente ilegible, pero tan valiosa?).

ALAIN DEMURGER